

EDUCERE rinde tributo al “colombiano más grande de Colombia”



Educere pays tribute to “the greatest Colombian”

¿Maestro en Macondo?

Alejandro Ochoa

Universidad de Los Andes.
Facultad de Ingeniería.
Mérida, estado Mérida. Venezuela



Semblanza solicitada por EDUCERE, con motivo del fallecimiento de Gabriel García Márquez, Premio Nobel de Literatura.

Mérida 21 de Marzo de 2014

El sentido de una revista universitaria dedicada a pensar la educación en América Latina se enriquece si es capaz de escharbar en el fondo del sustrato sobre el cual esa educación cobra raíces, obtiene sustento y gana arraigo. Pocos hombres han hecho de este suelo latinoamericano objeto de reflexión y cuidado. Entre esos pocos hombres que nos dió palabras para contarnos y así poder educar, se cuenta a Gabriel García Márquez, colombiano de nacimiento y latinoamericano por convicción. Estas palabras vienen a propósito de su partida.

Ha partido de vuelta al Macondo inaccesible, el más universal y fantástico de los colombianos del siglo XX: Gabriel García Márquez. el hombre que puso a vibrar a un continente con la música y el tono de la incommensurabilidad de una realidad huracanada por el tiempo y las circunstancias de ser descubierta pero sin posibilidad de entenderla, comprenderla y mucho menos amarla. En estas letras, se desgana un sencillo retrato del espíritu que conmueve y convoca a Gabriel García Márquez. Dejaré de lado las circunstancias literarias y las lecciones dadas a todos quienes asumen la tarea de ser curadores de la palabra. Curadores de la palabra porque en buena medida, el oficio del escritor es la ardua tarea de escoger las palabras para juntarlas y hacerlas sonar y decir lo que se quiere decir. Pero, hay que decirlo antes que se nos haga tarde, curador de palabras porque lograba sanarlas que es un modo de sanar también al mundo; al permitirle nombrarlo del mejor modo para que el mundo se manifieste y hable. Es cuestión de saber acariciar al mundo para que hable. Gabriel García Márquez fue, sin duda, un buen amante del mundo.

Macondo es el grito rebelde de un escritor que seguirá la saga de otros que le antecieron en eso de ahondar sobre lo fantástico-maravilloso de un continente que deslumbra, para comenzar a dibujar las exageraciones que la razón no puede desgranar o, en todo caso, lo



hace desde una posición rígida y casi indiferente. Sí, es menester señalar que la escritura del Gabo, nos permitimos la licencia de llamarle así, porque no puede ser lejano quien nos cuenta el mundo en el cual se ordenan nuestras angustias, soledades y esperanzas. Esa quizás fue la más colosal aventura que pudo esbozar el Gabo en su obra: la esperanza a pesar de todo e incluso de nosotros mismos. Pero, para dibujar lo que quisiera quedara en esta semblanza insuficiente del Gabo, deberemos asistir a tres elementos que son fundamentales en su humanidad: el reportero, el escritor y el político. Separación útil sólo para la exposición y consiente de que él hubiera dicho que no es hombre de dos palabras.. Para decir a continuación, que no podría quedarse sin palabra.

El Gabo supo reportar la realidad latinoamericana no como un evento periodístico sino como un acto creador que conseguía hacer de la noticia el vehículo para transitar al encuentro de la verdad sin que ello implicara el árido andar en los hechos simples y asépticos. Esa forma de reportar lo sucedido con el rigor de mantener la verdad pero la plasticidad del vecino de la esquina que sin mentir, decide que la verdad no tiene porqué andar desnuda cuando pueden existir recursos para adornarla y hacerla más llamativa y porqué no, más verdadera. Supo reportar a la verdad como una búsqueda, en lugar de un dato. Allí, el Gabo supo que curar las palabras implicaba además de sanar la verdad, la posibilidad de alimentar el espíritu inquisitivo del ser humano. Reportaba la realidad para que ella se desplegara de un modo que hiciera del lector un actor más en esa tarea de contar la realidad que es el mejor modo de contar la vida y dirá ya en las postrimerías de su vida, “vivir la vida para contarla”.

El curador de las palabras habrá de encontrar en el relato del cuento y de la novela la forma más singular para poner a las cosas en sintonía con una realidad que les queda siempre abierta para que se incorporen con vida propia. Inolvidable aquella línea donde hay desesperación en los clavos ante el portento de Melquíades con el cual se abre paso lo fantástico en la obra maestra que es “Cien Años de Soledad”. Allí, todo está expuesto en la exuberancia de la lengua para que lo inalcanzable de las realidades de América Latina puestas en la vida cotidiana de un pueblo remoto, fascinante y fascinado, apunte a ese momento en el cual el lenguaje es insuficiente y las cosas huyendo a nombres sólo pueden ser señaladas de manera ostensiva y quedar en una suerte de limbo esperando por la palabra que bauticé a la realidad como creación de los seres humanos: los más irreales de toda la realidad que se anuncia. Esa forma frondosa de poner a la realidad más allá del alcance de las palabras apunta a un círculo virtuoso en el cual las palabras usadas en tiempos fantásticos abren un mundo que está más allá de la metáfora. Es una metáfora que aborda lo imposible desde el lado de la desmesura..la metáfora se queda corta pero no por tocar el borde del lenguaje sino porque precisamente inaugura mundos. Quizás un ejemplo de esta singularidad creadora de mundo puede encontrarse en el comienzo de El General en su Laberinto”, quizás no tan literaria como muchos quisieran, pero que no obstante sigue teniendo la impronta de aquel que supo abrir la selva para indicar a Macondo. El Gabo compara de una forma inaudita, inesperada y casi humorística, el movimiento decidido de un Bolívar físicamente desgastado con la gracia de un delfín y allí intuimos, porque saber sería una exageración, que lo que nos vendrá de allí en adelante es la semblanza del espíritu de Bolívar en la clave propia del Garciamarquismo. Y es así que nos irrumpe entonces, esa condición ineludible para quien es curador de las palabras, ya no en su condición de terapeuta sino del exquisito y cuidadoso artesano de mostrar las palabras y ocultarlas, cuando ocurra la inevitable necesidad de hacer el mundo en concierto con los otros. Cuando corresponde hacer el mundo a muchas manos y muchas voces. Es decir, en la dimensión política.

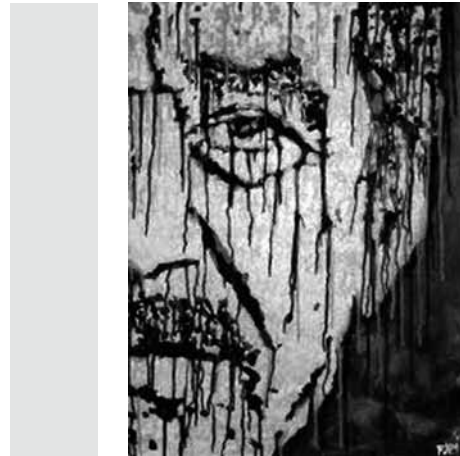


Podría intentarse conseguir y en efecto así ocurriría, un sinnúmero de intervenciones asociadas a su afiliación política. Bastaría recordar ese doloroso y casi silencioso exilio que le supuso partir de Colombia antes de entregar lo que sería la credencial cultural más importante de Colombia. Pero, quisiera más bien referirme a ese acto que por su singularidad y dimensión planetaria, constituye la toma de posesión de un sitio en la historia gracias a la palabra: el discurso al momento de recibir el premio Nóbel de Literatura en 1982

Aparece anunciando su discurso con el desenfado propio del latinoamericano. Se empina sobre su estatura de escritor para comenzar el reporte de lo fantástico-maravilloso que anunció Alejo Carpentier y que consigue con el Gabo, la altura de un modo de escribir que constituirá la marca de agua de la literatura latinoamericana del siglo XX. Allí, al reportar las maravillas comienza a mostrar que a lo intrincado de la selva, le corresponde lo exuberante de una realidad que no es fácil de digerir porque reúne, a veces en un mismo acto, lo sublime y lo grotesco de la condición humana. Entonces, desnuda el escritor al realismo mágico como el agotamiento de la razón eurocéntrica para dar cuenta de lo que nos ocurre. Súbitamente, el Gabo adquiere la condición de maestro de una lección vital: La soledad de América Latina. Y es desde esa soledad que entonces reclama el reconocimiento de América Latina como algo mucho más que una literatura fantástica. En realidad, demanda que América Latina sea la constructora de su propio destino. Este discurso, que aparece en esta edición de Educere en su totalidad, es la puesta en escena del ejercicio didáctico del Gabo desde una realidad y para una realidad que consigue en la literatura su mejor aliado para la propuesta política de una América Latina en procura de su propio destino, sin tutelajes ni desafueros.

La enseñanza que el Gabo nos regala desde Macondo es la tarea ineludible de hacer sentido de lo que somos desde la siempre inquietante pregunta de nuestra historia. Pregunta que se formula no en procura de una historia monocorde sino de las fascinación de una pluralidad de historias y tiempos que nos permitan aprender que la simultaneidad de los tiempos no es una quimera, es la condición de posibilidad de superar la soledad de América Latina desde la apertura a las voces que hablando desde hace más de quinientos años, ahora es cuando comenzamos a escucharlas, a convivir y convencernos que nuestra realidad es multicéntrica, multilógica y que el mejor nombre que hemos conseguido hasta ahora es la del realismo mágico. Gracias Gabo!

Ahora, que ha partido de este mundo sería no sólo un homenaje, sino el intento por recrear su espíritu en nosotros, el volver a sus letras ahora en clave de una patria grande y construyendo la voz de América Latina con la voz de todos y con el espíritu de Bolívar emergiendo como un delfín entre las aguas.. y resolviendo como afirmación, la pregunta que nos trajo hasta acá: Gabo, Maestro en Macondo. Bien pudiéramos comenzar esa vuelta sobre sus letras en aquel discurso memorable donde desplegó el realismo mágico en un salón en Estocolmo para recibir el premio Nobel. A continuación, la transcripción de ese discurso pronunciado en 1982 y que EDUCERE lo celebra en la eterna admiración por uno de los latinoamericanos más extraordinarios. ©





Violencia

Nadie puede hacer el bien en un espacio de su vida, mientras hace daño en otro. La vida es un todo indivisible.

Bondad

Ojo por ojo y todo el mundo acabará ciego.

Violencia

Casi todo lo que realice será insignificante, pero es muy importante que lo haga.

Hacer

No hay camino para la paz, la paz es el camino.

Paz

¿Qué es la verdad? Pregunta difícil, pero la he resuelto en lo que a mi concierne diciendo que es lo que te dice tu voz interior.

Verdad

En cuanto alguien comprende que obedecer leyes injustas es contrario a su dignidad de hombre, ninguna tiranía puede dominarle.

Dignidad

Puesto que yo soy imperfecto y necesito la tolerancia y la bondad de los demás, también he de tolerar los defectos del mundo hasta que pueda encontrar el secreto que me permita ponerles remedio.

